

¿QUIÉN LE TEME AL POPULISMO? LA POLÍTICA ENTRE LA REDENCIÓN Y EL AUTORITARISMO

Who is Afraid of Populism? Politics between Redemption and Authoritarianism*

CARLOS DE LA TORRE
Kentucky University
c.delatorre@uky.edu

Fecha de recepción: 16/04/2018
Fecha de aceptación: 17/05/2018

Anales de la Cátedra Francisco Suárez
ISSN 0008-7750, núm. 53 (2019), 29-51
<http://dx.doi.org/10.30827/ACFS.v53i0.7297>

RESUMEN En este trabajo argumentaré primero que para entender las relaciones entre el populismo la democratización y el autoritarismo hay que partir de las experiencias latinoamericanas donde los populismos han retado al poder y han gobernado desde los años 40. Los científicos sociales latinoamericanos teorizaron y debatieron sobre el populismo desde que Gino Germani escribió en los años 50 sobre el peronismo y los investigadores europeos y norteamericanos deberían tomar en serio la larga y compleja bibliografía latinoamericana sobre el tema. Además, Latinoamérica es la región en la que se han dado los populismos más benignos e incluyentes, mientras que las caras más autoritarias del populismo de derecha se han manifestado en los Estados Unidos y en algunos países de Europa. Mi segundo argumento es que hay que diferenciar las críticas populistas al poder constituido que señalan los déficits de participación y representación de las democracias de sus soluciones que reducen la complejidad de la democracia, la sociedad civil y la esfera pública a la lucha entre dos campos antagónicos. Mi tercer argumento es que hay que diferenciar entre inclusión y democratización. Los populismos latinoamericanos, desde el peronismo hasta el chavismo, han incluido políticamente, étnicamente y socio-económicamente a los sectores marginados. Sin embargo a su vez han atentado contra del pluralismo, han manufacturado enemigos y han cerrado espacios a la oposición. Mi cuarto argumento es que si bien los populismos comparten una lógica política no todos son iguales. Algunos politizan las exclusiones alrededor del eje mercado-estado, otros alrededor de temas culturales como la identidad del pueblo y la nación. Unos usan criterios étnicos para construir al pueblo, mientras que otros politizan las exclusiones socioeconómicas.

Palabras clave: populismo, democratización, autoritarismo

* Para citar/citation: De la Torre, C. (2019). ¿Quién le teme al populismo? La política entre la redención y el autoritarismo. *Anales de la Cátedra Francisco Suárez* 53, pp. 29-51.

ABSTRACT I argue that in order to understand the relationships between populism, democratization, and authoritarianism scholars should build on the long Latin American experiences with populism. Differently from other world areas, in Latin America populists did not only challenge elites, but governed since the 1940s. Latin American social scientists developed theories of populism since Gino Germani wrote his seminal works in the 1950s. Furthermore, in Latin America populism manifested its more benign and inclusionary faces, whereas in Europe and the U.S. rightwing populists are racist and xenophobic. My second argument is for the need to differentiate the populist critique to constituted power from its solutions. Even though populists show the exclusions of real existing democracies, their solutions reduce the complexities of civil society and democracy to the struggle between to antagonistic camps. My third argument is that inclusion and democratization are not the same. Peronism and Chavism included politically, economically, and ethically the excluded while attempting against pluralism, transforming rivals into enemies, and closing spaces to the opposition. Finally, all populisms are not the same. Even though they share a political logic, they use different criteria to construct the people and their enemies. Some politicize socioeconomic exclusions, other use culture and ethnicity to mark boundaries of who belongs to the nation.

Key words: populism, democratization, authoritarianism.

1. INTRODUCCIÓN¹

El siglo XXI probablemente sea recordado como el de los populismos. Si bien partidos y movimientos populistas emergieron en el siglo XIX en Europa y los Estados Unidos, sólo en América Latina líderes populistas gobernaron y dominaron la escena política desde las décadas de los treinta y cuarenta del siglo pasado (Rivero, Zarzalejos y del Palacio, 2017). Junto a las transiciones a la democracia el populismo se expandió a algunos países de África, Asia, y del Oriente Medio (Moffitt, 2016; De la Torre, 2015). Con la elección de Donald Trump el populismo llegó al poder en la cuna de la democracia liberal, los Estados Unidos. Populistas están en el poder en Grecia, Hungría y Polonia y no parece que partidos como el Frente Nacional, Francia Insumisa, Podemos u otros desaparezcan en el corto plazo.

Con pocas excepciones el término populismo es utilizado por observadores externos para descalificar a partidos y líderes como radicales, irracionales y peligrosos. Muy pocos partidos o políticos adoptan este término

1. Una primera versión fue presentada como conferencia magistral en la UNAM, el 8 de marzo del 2018. Agradezco a Benjamín Arditi y a quienes me hicieron comentarios y sugerencias.

para autodefinirse de manera positiva. Las excepciones son el People's Party que fue establecido en los Estados Unidos en 1891 por organizaciones de farmers y obreros. El otro ejemplo es Podemos fundado por profesores de ciencia política seguidores de las teorías de Ernesto Laclau, que fueron consultores y/o escribieron sus tesis de doctorado sobre los gobiernos de Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa.

Los medios de comunicación y algunos académicos todavía caracterizan erróneamente a los seguidores populistas como masas irracionales seducidas por un charlatán y demagogo. Asumen que cambios estructurales bruscos como la urbanización, o más recientemente la desindustrialización, destruyen comunidades y valores creando individuos en estado de alienación y anomia (Germani, 1971; Betz, 1994). Argumentan que estos individuos desarraigados responden de manera irracional y emotiva apoyando a políticos que ofrecen respuestas simples y soluciones rápidas. Asumen que los seguidores no están organizados, son irracionales y que pueden ser manipulados por los medios de comunicación masiva. Es por esto que muchos comentaristas anotan que la televisión y el Twitter desplazaron la política racional basada en el debate de propuestas ideológicas por la invocación a emociones y pasiones irracionales.

Otros académicos cuestionan las visiones que descalifican al populismo como irracional. Ven en el populismo la regeneración de la política (Laclau, 2005; Errejón y Mouffe, 2015; Stravakakis, 2014). El populismo motiva a que sectores excluidos o apáticos se politicen. Reintroduce las pasiones en la política y cuestiona la mutación de la democracia en la pospolítica entendida como el dominio de los tecnócratas que transforma a los ciudadanos en consumidores.

Debido al uso indiscriminado del término populismo para describir por igual a la derecha y a la izquierda, a quienes prometieron mejores modelos de democracia como Chávez y a Trump que llegó al poder usando el racismo y la xenofobia y que no prometió más sino que menos democracia, no sorprende que se cuestione el valor analítico del concepto de populismo. En este trabajo argumentaré que el populismo no se define por sus contenidos. No caracteriza a un tipo particular de política económica, no es la expresión política de los intereses de una clase social particular y tampoco es una fase en la modernización de las sociedades. Se entiende mejor el populismo, como lo señala Ernesto Laclau (2005), si se lo analiza como una lógica política y una manera de formar identidades populares.

Independientemente de si son de izquierda o derecha, los populistas construyen la política como un escenario de confrontación entre dos grupos antagonicos: el pueblo y los enemigos del pueblo. Reducen la complejidad de la política a una lucha entre dos campos y transforman a un líder en

la encarnación de los valores populares y de la voluntad del pueblo mismo. El contenido de las propuestas populistas varía en diferentes contextos, pero su lógica para llegar al poder y gobernar se basa en la lucha en contra de todo tipo de enemigos: la oligarquía, la prensa, las ONGs, los partidos tradicionales, los enemigos externos. Los populistas se sienten incómodos con las instituciones liberales que limitan el poder del líder y buscan crear espacios alternativos para que el líder se vincule directamente con sus seguidores. Muchas veces entran en conflicto con las instituciones de la democracia liberal. En algunos casos, como en la Argentina de los Kirchners, los populistas no lograron romper la institucionalidad existente para crear una nueva. En otros casos como el chavismo, el evismo y el correísmo los populistas destruyeron las instituciones que calificaron como excluyentes y corruptas y forjaron nuevas constituciones e instituciones políticas.

Los populistas no pretenden reformar el sistema, más bien buscan la ruptura de instituciones poco representativas. Su lógica de confrontación entre enemigos políticos es muy eficaz en crear identidades políticas cuando se oponen al sistema. Para quienes la institucionalidad existente es un andamiaje que garantiza la dominación de las élites, el populismo representa la promesa de una democracia real, participativa y con políticas públicas a favor de las mayorías. Ernesto Laclau y sus seguidores plantean la ruptura populista como la alternativa a la pospolítica dominada por tecnócratas neoliberales. Argumentan que si el populismo de izquierda no politiza las exclusiones neoliberales, éstas serán politizadas por los populismos xenófobos y racistas de derecha.

A diferencia de estas visiones optimistas sobre el potencial emancipador del populismo, otros destacan sus peligros para la democracia (Levitsky y Loxton, 2013; Urbinati, 2014; Weyland, 2013). La apropiación de la voluntad popular por un líder que se ve como la encarnación del pueblo mismo y la transformación de los rivales en enemigos políticos son un peligro para la democracia. Los populistas en el poder por lo general han concentrado el poder en la presidencia, restringido el papel de las instituciones que garantiza la rendición de cuentas, atacado a las instituciones que garantizan la independencia de la sociedad civil del estado y han perseguido a la prensa crítica tratando de imponer la palabra del líder como la única verdadera. El populismo busca crear democracias plebiscitarias legitimadas en las urnas pero que desconocen el pluralismo pues asumen que el pueblo sólo puede votar por su paladín. Cuando las instituciones democráticas son frágiles y los populismos emergen como respuestas a crisis de los partidos y de las instituciones de la democracia representativa, los ataques sistemáticos a la prensa, a la sociedad civil y a los derechos políticos han llevado a la diná-

mica que Guillermo O' Donnell (2011) caracterizó como la muerte lenta de la democracia y su transformación en autoritarismo.

En este trabajo argumentaré primero que para entender las relaciones entre el populismo, la democratización y el autoritarismo hay que partir de las experiencias latinoamericanas donde los populismos han retado al poder y han gobernado desde los años 40. Los científicos sociales latinoamericanos teorizaron y debatieron sobre el populismo desde que Gino Germani escribió en los años 50 sobre el peronismo y los investigadores europeos y norteamericanos deberían tomar en serio la larga y compleja bibliografía latinoamericana sobre el tema. Sorprende que en muchos trabajos recientes sobre el populismo, Latinoamérica es reducida a notas al pie de página (Judis, 2016; Müller, 2016; Vallespín y Bascuñán, 2017)². Además, Latinoamérica es la región en la que se han dado los populismos más benignos e incluyentes, mientras que las caras más autoritarias del populismo de derecha se han manifestado en los Estados Unidos y en algunos países de Europa. Mi segundo argumento es que hay que diferenciar las críticas populistas al poder constituido que señalan los déficits de participación y representación de las democracias de sus soluciones que reducen la complejidad de la democracia, la sociedad civil y la esfera pública a la lucha entre dos campos antagónicos. Mi tercer argumento es que hay que diferenciar entre inclusión y democratización. Los populismos latinoamericanos desde el peronismo hasta el chavismo han incluido políticamente, étnicamente y socio-económicamente a los sectores marginados. Sin embargo a su vez han atentado en contra del pluralismo, han manufacturado enemigos y han cerrado espacios a la oposición. Mi cuarto argumento es que si bien los populismos comparten una lógica política no todos son iguales. Algunos politizan las exclusiones alrededor del eje mercado-estado, otros alrededor de temas culturales como la identidad del pueblo y la nación. Unos usan criterios étnicos para construir al pueblo, mientras que otros politizan las exclusiones socioeconómicas.

Este capítulo tiene cuatro secciones. La primera analiza las condiciones bajo las cuales se han dado rupturas populistas. Luego se estudian las diferentes construcciones de la categoría el pueblo. La tercera sección se enfoca en las promesas redentoras del populismo. Para por último explicar las estrategias populistas de gobierno.

2. Los libros de Finchelstein (2017) y De la Torre (2017a) analizan el populismo global desde las experiencias latinoamericanas.

2. ¿BAJO QUÉ CONDICIONES SE DIERON RUPTURAS POPULISTAS?

Los populismos de izquierda latinoamericanos y del sur de Europa politizan las exclusiones causadas por el neoliberalismo politizando la economía política alrededor de la oposición mercado-estado y del eje derecha-izquierda. Prometen radicalizar la democracia con mecanismos que resuelvan los déficits de participación y representación de las democracias liberales. Son una respuesta a insurrecciones masivas en contra del neoliberalismo como el caracazo, las guerras del gas y del agua en Bolivia y los indignados en España y Grecia.

En Venezuela, Bolivia y Ecuador se dieron rupturas populistas que terminaron con el neoliberalismo poniendo al estado como el actor central de la economía. Si bien no se dio fin al extractivismo y más bien se profundizaron la explotación petrolera y minera, el estado tuvo un rol central en el manejo de las rentas de los recursos naturales. En Venezuela entre 1998 y el 2016 el porcentaje de las exportaciones petroleras se incrementó del 68.9% al 96%. En Bolivia las exportaciones de recursos minerales pasaron del 41.8% en el 2001 al 74% en el 2009. En Ecuador las exportaciones petroleras se incrementaron del 41% en el 2002 al 58% en el 2011, y el país abrió sus puertas a la minería (de la Torre, 2016, p. 71). Cuando los precios del petróleo y de los minerales fueron altos de acuerdo a datos del Banco Mundial la pobreza bajó en Venezuela del 55.4% en el 2002 al 28.5% en el 2009, del 37% en el 2006 al 29% en el 2011 en Ecuador y en Bolivia del 60% en el 2006 al 50.6% en el 2009 (de la Torre y Arnson, 2013, p. 28). El colapso de los precios de petróleo, el despilfarro y el manejo errático de la economía en Venezuela hicieron que los niveles de pobreza se disparen a partir del 2015.

Las rupturas populistas dieron fin a sistemas políticos en crisis apelando a la idea de revolución como la creación de nuevas normativas e instituciones políticas. Chávez lideró la revolución bolivariana, Correa la revolución ciudadana y Morales una revolución para descolonizar Bolivia. Si bien se mantuvo la vieja idea de la izquierda sobre la revolución, cambiaron las estrategias usando los votos y no las balas para llegar al poder. Fueron electos con propuestas sobre cómo mejorar la democracia. Chávez con la idea de construir una democracia participativa y protagónica que resolvería los déficits participativos y representativos de la democracia liberal. Correa prometió remplazar la democracia formal con una democracia real entendida como políticas públicas que promuevan la equidad. Morales propuso combinar la democracia indígena-comunitaria con la democracia liberal para descolonizar Bolivia.

Estos líderes gobernaron a través de campañas y de elecciones permanentes por lo que constantemente recorrieron sus países renovando sus liderazgos carismáticos y confrontando a sus enemigos. Los venezolanos votaron en 16 elecciones entre 1999 y 2012, los bolivianos en nueve entre 2005 y 2016 y los ecuatorianos en once entre 2006 y 2013.

La mayor innovación de estos líderes fue basar su estrategia de transformación en la noción de poder constituyente. Desdeñaron el poder constituido y prometieron la refundación de sus patrias para alcanzar la segunda y verdadera independencia. El poder constituyente fue entendido como la capacidad popular para crear instituciones y normativas, como la autoridad capaz de refundar la política, la economía, la moral y la cultura. Estos líderes fueron electos con la promesa de convocar elecciones para asambleas constituyentes participativas que generen nuevas constituciones entendidas como pactos y proyectos de sociedad. Las nuevas constituciones a la vez que ampliaron derechos, concentraron el poder en el ejecutivo. Crearon modelos plebiscitarios de democracia asentados en la lógica electoral pero sin instituciones que garanticen la rendición de cuentas (de la Torre y Arnson, 2013).

Las rupturas populistas fueron resultado de movimientos de resistencia masiva al neoliberalismo. El Caracazo de febrero de 1989 fue una insurrección popular en contra del incremento del precio de la gasolina. Los sectores populares de Caracas y otras ciudades saquearon comercios y fueron brutalmente reprimidos con al menos 400 muertos. La represión brutal significó el fin de la democracia pactada venezolana (López Maya y Panzarelli, 2012). En Ecuador tres presidentes entre 1997 y 2005 no pudieron terminar sus mandatos porque insurrecciones populares e indígenas en contra del neoliberalismo y de la corrupción contribuyeron a dar fin con sus gobiernos (De la Torre, 2016). En Bolivia entre el 2000 y el 2003 las guerras del agua y del gas crearon situaciones revolucionarias cuando coaliciones de indígenas y de otros movimientos sociales paralizaron el país demandando el fin del neoliberalismo, de la partidocracia y de la entrega de los recursos naturales a multinacionales (Crabtree, 2013).

La ruptura populista prometió rescatar la soberanía nacional. Bolivia vivió violaciones masivas a los derechos humanos debido a las políticas norteamericanas de extracción forzada de la hoja de coca. En un intento desesperado por parar la hiperinflación el gobierno de Jamil Mahuad en Ecuador cambió su moneda nacional, el sucre, por el dólar americano en el 2000. Venezuela cambió la orientación de su política exterior y petrolera nacionalista y tercermundista por una que apoyaba la globalización. Morales, Correa y Chávez prometieron el retorno de los intereses de la nación y concibieron a sus gobiernos como parte de un proceso continental y aun

global de resistencia al neoliberalismo. La orientación de su política exterior fue antiimperialista y se crearon organizaciones como el ALBA para contrarrestar los acuerdos de libre comercio impulsados por los Estados Unidos.

No siempre se dieron rupturas populistas en América Latina pues las instituciones de la democracia y la densidad de la sociedad civil pueden resistir que se den procesos de refundación populista. Nestor Kirchner llegó al poder en el 2003 en una coyuntura que podía haber llevado a una ruptura populista. Los partidos estaban en crisis, la economía había colapsado en el 2001/02 y se dieron fuertes movimientos en contra del neoliberalismo que incluyeron la toma de fábricas, saqueos y la paralización del país por movimientos piqueteros. Sin embargo, no se dio una ruptura populista. Los traumas de la dictadura de los años 70 que hizo desaparecer, torturar y encarcelar ciudadanos y el análisis de los riesgos de las concepciones populistas de la política como la lucha entre amigos y enemigos, llevaron a que la democracia argentina se reconstruyese con la idea del adversario y no del enemigo político. Los intentos de los Kirchner de transformar la política en una lucha populista maniquea y la dramatización del conflicto con el propósito de polarizar el escenario político y demarcar dos espacios antagónicos fueron resistidos por una sociedad plural y compleja. Miles protestaron en contra de la política agraria de Cristina de Kirchner y de su intento de cambiar la constitución para perpetuarse en el poder que fue finalmente frenado por el poder judicial (Iazzeta, 2012).

Syriza llegó al poder luego del movimiento de los indignados de mayo del 2011 que ocuparon espacios públicos protestando en contra de las políticas neoliberales del PASOK y de Nueva Democracia. Alexis Tsipras ganó las elecciones del 2015. Politizó la indignación de los ciudadanos en contra de quienes se beneficiaron de la crisis y de las políticas de ajuste. A diferencia de los presidencialismos latinoamericanos, Grecia tiene un sistema político parlamentario y Syriza entró en un gobierno de coalición con el partido nacionalista ANEL. Prometió terminar con las políticas de austeridad y confrontó a la banca. A diferencia de los populismos radicales latinoamericanos no se prometió una nueva asamblea constituyente para crear una nueva institucionalidad política. Tampoco se atentó en contra de la estabilidad económica que da el euro y ser parte de la Unión Europea (Asnalidis y Rovira Kaltwasser, 2016). En julio del 2015 Syriza capituló ante la troika pese a haber ganado un referendo en contra de las políticas de austeridad. Críticos señalan que el partido se volvió más personalista y menos horizontal y señalan que es el nuevo partido de centro izquierda al igual que lo fue el PASOK (Judis, 2016, p. 118).

Los populismos de derecha en Europa y los Estados Unidos son rebeliones en contra de las élites que apoyan el multiculturalismo y el cosmo-

politismo. Pero también en contra de los más pobres y excluidos como son los inmigrantes y las poblaciones no blancas construidas como el otro que atenta en contra de la unidad cultural y étnica del pueblo blanco. Buscan romper con el “political correctness”, la pérdida de soberanía a organismos supranacionales como la Unión Europea y el dominio de élites mundializadoras.

Los enemigos de Trump por ejemplo son las élites que promovieron la globalización y el multiculturalismo y grupos étnicos no blancos contruidos como quienes se aprovechan de los impuestos de los ciudadanos que cumplen la ley. Estos son los mexicanos, término que agrupa a todos los latinos de los Estados Unidos que son contruidos como inmigrantes ilegales recientes independientemente de cuánto tiempo lleven en los Estados Unidos y son vistos como personas que viven de la beneficencia, del crimen y que roban a los ciudadanos los puestos de trabajo. Los enemigos también son los musulmanes contruidos como el otro pernicioso y terrorista que atenta en contra de la población cristiana y los grupos militantes afroamericanos como Black Lives Matter que son contrapuestos a la población que sigue la ley y el orden (De la Torre, 2017b).

Donald Trump irrumpió en contra del consenso de las élites demócratas y republicanas que ligaron la globalización con políticas multiculturales de reconocimiento. Prometió dar fin a los tratados de libre comercio, hacer que las industrias manufactureras regresen o no se vayan de los EE.UU. Su crítica nacionalista a la globalización fue de la mano con un discurso racista en contra de los mexicanos. Arrancó su campaña en la Torre Trump manifestando, “cuando México manda a su gente no mandan a los mejores. Traen drogas, crimen, son violadores, y asumo que algunos son buenas personas”³. Llamó terroristas a los musulmanes y prometió monitorear a todos los que viven en los EE.UU. y regular la entrada de quienes busquen ingresar al país. Su retórica dio fin a los discursos de reconocimiento multicultural a diferentes poblaciones oprimidas como las mujeres, los Afro Americanos, los hispanos, y las comunidades LGTBQ.

Su base de apoyo no sólo fueron los perdedores de la globalización y los blancos pobres. También fue apoyado por sectores blancos de clase media porque sintieron que no recibían los beneficios económicos y sociales que se merecían y por su inseguridad económica. Muchos blancos consideraron que los afroamericanos, los hispanos, los gays y lesbianas eran los beneficiarios de políticas de discriminación positiva que marginaban a los hombres blancos y heterosexuales. La socióloga Arlie Hochschild (2016, p.

3. <http://time.com/3923128/donald-trump-announcement-speech/>

221) señala que muchos partidarios de Trump “se sentían culturalmente marginalizados: sus opiniones sobre el aborto, el matrimonio gay, los roles de género, raza, el derecho a portar armas y la bandera confederada eran ridiculizados por los medio como atrasados. Se sintieron además como un grupo demográfico en declive... Se sentían como una minoría acorralada”. El triunfo de Trump marcó el inicio de una nueva era proteccionista, nacionalista, xenófoba y de regreso a un pasado mítico previo a las conquistas de reconocimiento cultural de los nuevos movimientos sociales. Es una pregunta abierta si Trump logrará una ruptura populista que de fin al consenso de las élites políticas que ligaron la globalización con las políticas de reconocimiento del multiculturalismo neoliberal. Si bien será más fácil terminar con las políticas de reconocimiento será mucho más complicado terminar con la globalización, especialmente para un gobierno que tiene una fe absoluta en el mercado.

3. CONSTRUYENDO AL PUEBLO

La filósofa política Sofia Näsström (2007, p. 324) nos recuerda que el pueblo, categoría central en las teorías de la democracia, del nacionalismo y del populismo, es “uno de los conceptos más usados y abusados en la historia de la política”. El pueblo no es una realidad objetiva que está ahí esperando ser descubierta, tampoco es un dato primario. El pueblo, como señala Ernesto Laclau (2005), es una construcción discursiva y una disputa entre actores políticos, movimientos sociales e intelectuales.

Diferentes construcciones de la categoría “el pueblo” contribuyen a la inclusión o exclusión. Donald Trump, al igual que los populistas de derecha europeos, construye al pueblo con criterios étnicos, raciales y religiosos excluyentes. El pueblo blanco y cristiano de Trump se enfrenta a una serie de enemigos étnicos y religiosos. A diferencia de Trump, Evo Morales y su partido político el Movimiento al Socialismo (MAS) usaron criterios étnicos incluyentes o etnopopulistas como señala Raúl Madrid (2012) en su construcción del pueblo. El MAS es un partido étnico asentado en organizaciones y movimientos sociales indígenas que también incluye a sectores mestizos. El discurso de Morales puso a los indígenas en el centro de la nación, entendiendo a la indigenidad como la defensa de la soberanía nacional especialmente sobre el uso de los recursos naturales.

Hugo Chávez y Rafael Correa al igual que los partidos populistas de izquierda europeos Syriza y Podemos no utilizan criterios étnicos en su construcción del pueblo. Sus construcciones son políticas y socioeconómicas y enfrentan al pueblo contra la oligarquía.

El pueblo puede ser construido como plural, esto es, como una diversidad de actores con diferentes propuestas o como el pueblo-como uno, como un sujeto con una voluntad homogénea. El pueblo puede enfrentar a rivales que comparten espacios institucionales y normativos, o a enemigos que deben ser neutralizados. Chávez habló como si encarnase a todo el pueblo venezolano. En un mensaje a la asamblea venezolana dijo, “no soy yo, soy el pueblo” (Zúquete, 2008, p. 100). En otra ocasión manifestó, “demando lealtad absoluta, no soy un individuo soy un pueblo” (Gómez Calcaño y Arenas, 2013, p. 20). Quienes no son parte del pueblo verdadero que no es otro que el que reconoce y conforma el líder son los enemigos del pueblo, de la nación y del líder. Es por esto que en un acto de masas Donald Trump manifestó, “la cosa más importante es la unificación del pueblo, porque el otro pueblo no vale nada” (Müller, 2016, p. 22).

El pueblo populista sin embargo no tiene necesariamente que ser construido como uno y como un ente que puede ser encarnado en un redentor. El pueblo de Syriza fue construido como plural e incorporó a una variedad de partidos de izquierda y movimientos sociales (Katsambekis, 2016). A diferencia de Chávez o Correa, Alexis Tsipras no prometió salvar al pueblo. De manera similar, Podemos tiene una visión pluralista del pueblo y el Movimiento al Socialismo y la Constitución del 2009 construyeron al pueblo boliviano como plural. Sin embargo, Evo Morales, Pablo Iglesias y Alexis Tsipras en algunas coyunturas han tratado de hablar como si encarnaran al pueblo como uno y hay tensiones entre los sectores movimientistas y sus liderazgos personalistas. Los críticos señalan que estos líderes son cada vez menos pluralistas.

Las construcciones étnicas del pueblo cuando son combinadas con visiones del pueblo como uno son no sólo excluyentes sino también antidemocráticas. Es por esto que los populismos de derecha xenófobos son el mayor riesgo para la democracia. Las construcciones políticas del pueblo como uno como la de Hugo Chávez o Rafael Correa si bien son incluyentes son antidemocráticas pues el líder es investido como la encarnación del pueblo y es quien dice hablar y actuar como el pueblo mismo. Las construcciones políticas del pueblo plural y las visiones étnicas plurales del pueblo son en teoría las más prometedoras pues no se basan en la encarnación del pueblo por un líder. Sin embargo en el MAS, Podemos o Syriza hay tensiones entre sus líderes que pretenden ser la voz del pueblo y sus partidarios que en nombre del pueblo no permiten que el líder se apropie de su voluntad.

4. LA INCLUSIÓN POPULISTA

Los populismos clásicos latinoamericanos como el Peronismo o el Varguismo irrumpieron en contra de las exclusiones políticas, sociales y culturales de los regímenes oligárquicos que se mantuvieron en el poder a través del fraude electoral y/o de la exclusión de la mayoría del derecho al sufragio y de la participación en la esfera pública. Juan Domingo Perón otorgó la dignidad de pertenencia (política, social, cultural y simbólica) a los sectores marginalizados por las élites y los erigió en los baluartes de la verdadera nacionalidad. Sus discursos se dieron en contextos de confrontación política y de polarización. Los mitos argentinos de la lucha entre la civilización y la barbarie fueron usados por las élites para construir al peronismo como la encarnación de los bajos valores del barbarismo caudillista del campo y de la periferia. En un contexto de polarización, Juan Domingo y Eva Perón cambiaron el sentido de los términos que las élites utilizaron para estigmatizar y excluir de la esfera pública a los sectores populares. Los “descamisados”, “cabecitas negras”, y “grasitas” fueron construidos como la esencia de la nación.

El peronismo incorporó a la clase obrera, transformó la noción de democracia y polarizó a la Argentina entre peronistas y anti-peronistas. El peronismo redefinió la ciudadanía como social y la democracia como participación social y económica (James, 1988, 16). El electorado se incrementó del 18 al 50%, las mujeres adquirieron el derecho al sufragio y el 64 por ciento votó por Perón en 1951 (Plotkin, 2003, p. 165). La redistribución peronista y la expansión del estado benefactor significó que los salarios contribuyeron alrededor del 50% del producto interno bruto en 1952 (Schamis, 2013, p. 156). Los salarios reales se incrementen en un 40% entre 1946 y 1948 (Plotkin, 2010, p. 273).

El peronismo alteró las etiquetas de comportamiento, el uso de los espacios públicos, las jerarquías sociales y los sistemas de clasificación social. Un obrero entrevistado por el historiador Daniel James (1988, p. 29) señala, “con Perón todos éramos machos”. Los camareros y conductores de autobús reemplazaron el respetuoso usted por el vos. Los sectores de clase media vieron con horror como desaparecían las jerarquías de vestido y los patrones de consumo que diferenciaban a las criadas de las señoras. Los sectores medios tuvieron que veranear en Mar del Plata junto a los obreros luego de que Perón no sólo subiese sus salarios sino que construyera hoteles para los obreros.

Las credenciales incluyentes de los populismos de izquierda latinoamericano del siglo XXI se evidenciaron en su compromiso con la justicia social y con políticas económicas y sociales que pusieron fin al neoliberalismo.

El Estado adquirió un papel central en el control de los recursos naturales, en la distribución del ingreso y en la protección de los más pobres y vulnerables. Los gobiernos de Chávez, Morales y Correa convocaron asambleas constituyentes participativas para revertir los déficits de la democracia liberal. Se redactaron nuevas constituciones que expandieron los derechos y establecieron modelos de democracia participativa, directa y, en el caso de Bolivia, comunal. Estos líderes ganaron elecciones limpias y desplazaron del poder a elites políticas corruptas. Su retórica populista glorificó e incluyó simbólicamente a los excluidos.

De manera similar a los populismos de izquierda latinoamericanos, Syriza y Podemos surgieron luego de una crisis de representación política cuando los partidos dominantes aparecieron como partidos cartel que no representaban los intereses de los ciudadanos sino de élites nacionales y transnacionales. Las percepciones negativas sobre los partidos dominantes se exacerbaban con la crisis del 2008 y las soluciones neoliberales incrementaron el desempleo, sobre todo el juvenil. Emergieron luego de manifestaciones ciudadanas masivas de los indignados y los *Aganaktismenoi* que ocuparon los espacios públicos demandando el fin de las políticas de austeridad y formas de democracia directa y radical.

Syriza es una coalición de partidos, movimientos sociales y redes de izquierda y sus líderes no han aceptado ser tachados de populistas. Si bien los líderes de Podemos vienen de la izquierda, han usado las teorías de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe sobre populismo y hegemonía para organizar un partido que rechaza la diferenciación entre izquierda y derecha, remplazándola por la del pueblo en contra de la casta. Los enemigos de Syriza son los partidos políticos que implementaron las políticas de austeridad y las fuerzas neoliberales que siguieron los dictados de la Troika y del FMI. Al igual que Syriza, Podemos no politiza la rabia y la indignación provocada por las políticas de ajuste culpando a los inmigrantes. Sus enemigos son las élites políticas corruptas y las élites socioeconómicas. Su proyecto es inclusivo y pluralista. Sin embargo y pese a sus propuestas democratizadoras, Andreas Kioupkolis (2016) nota tensiones entre proyectos horizontales de democratización desde las bases y los liderazgos verticales de Pablo Iglesias y Alexis Tsipras que pretenden autoerigirse en la verdadera y única voz del pueblo.

Los populismos de derecha europeos, señala Giorgos Katsambekis (2016), proponen una incorporación exclusiva e identitaria. Prometen la inclusión del verdadero y auténtico pueblo visto como una comunidad étnica y excluyendo a quienes han sido representados como los enemigos de la identidad nacional y un peligro para la nación: los inmigrantes musulmanes y los inmigrantes ilegales en general.

5. LOS POPULISTAS EN EL PODER

A diferencia de los estudios sobre el populismo cuando reta el poder que destacan sus promesas de inclusión, el análisis de sus prácticas de gobierno es menos optimista y más sombrío. Si bien los populismos latinoamericanos incluyeron a los pobres y a los desposeídos, sus prácticas desde el poder han sido autoritarias. Atentaron en contra del pluralismo, restringieron los derechos a la comunicación y a la asociación libre y trataron de manufacturar al pueblo a imagen y semejanza de cómo se lo imaginó el líder. Cuando surgen en contextos de instituciones sólidas, los populismos, por lo general, como señala Nadia Urbinati (2014), desfiguran la democracia transformando su complejidad en la lucha entre dos campos antagónicos.

Cuando emergen en contextos de crisis de representatividad política y en sistemas políticos con institucionales frágiles, los populismos pueden llevar al autoritarismo de dos maneras (Weyland, 2018). La primera se dio durante los populismos clásicos que, por lo general, terminaron con golpes de estado y con los ciclos populismo-dictadura que caracterizó la historia de varios países de la región entre los años 30 y 70. Después de la tercera ola democratizadora los populismos, por lo general, no terminan en golpe de estado. Más bien llevan a la creación de regímenes híbridos (Peruzzotti, 2017). Los ataques sistemáticos de los gobiernos populistas a la libertad de expresión, la tutela estatal de la sociedad civil, la clausura de espacios institucionales para la rendición de cuenta y el uso instrumental del sistema legal para castigar a los críticos y premiar a los acólitos provocan el desplazamiento de la democracia hacia la zona gris de la hibridez.

Los populistas latinoamericanos clásicos como Perón se enfrentaron a los sectores oligárquicos, movilizaron al pueblo y atacaron algunos privilegios de las clases altas. Pero simultáneamente cerraron espacios democráticos a la oposición. Perón controló el movimiento obrero y reprimió a los líderes sindicales de izquierda, clausuró medios y estatizó dos periódicos. En 1950 todas las instituciones del gobierno, incluida la Corte Suprema de Justicia, estaban en manos de personas cercanas a Perón. En las elecciones de 1951, los peronistas controlaron el Senado y el Congreso. Sin espacios institucionales para procesar conflictos y demandas, los sectores más conservadores y autoritarios llamaron a las puertas de los soldados que dieron un golpe en 1955 estableciendo un régimen mucho más represivo que los populistas.

Cuando Latinoamérica regresó a la democracia luego de un largo periodo de dictaduras, se buscó crear instituciones, sistemas políticos y culturas políticas que terminasen con los ciclos de populismo/golpe de estado

que caracterizaron la historia de la región. La comunidad internacional no aceptó el uso de golpes de estado. El golpe del 2002 en contra de Chávez fracasó. Fujimori fue dictador entre abril y noviembre de 1992 cuando un nuevo congreso fue electo y en 1993 se aprobó por referendo una nueva constitución. El golpe contra Manuel Zelaya en Honduras en el 2009 triunfó por las divisiones de la comunidad internacional sobre cómo responder a esta crisis. Mientras los países del ALBA demandaron que Zelaya volviese al poder, el gobierno de Obama no aplicó sanciones económicas.

Si bien los populismos, por lo general, ya no terminan en golpes de estado, una vez en el poder minan la democracia desde adentro. Levitsky y Loxton (2013) señalan que el populismo lleva a que democracias débiles decanten en regímenes competitivos autoritarios por tres razones. La primera es que los populistas son outsiders sin ninguna experiencia en la política parlamentaria del pacto y de los compromisos. Segundo, fueron electos con promesas de refundar todas las instituciones políticas y en específico el marco institucional de las democracias liberales. Por último, los populistas se enfrentaron al congreso, al poder judicial y a otras instituciones controladas por los partidos. Para ganar elecciones usaron fondos públicos, silenciaron a los medios críticos, usaron los medios estatales a su favor, en algunos casos intimidaron a sectores de la oposición, controlaron los organismos electorales, el poder judicial y las instituciones de control social y rendición de cuentas. Si bien el momento de votar fue libre, el proceso electoral descaradamente les favoreció y les dio ventajas, transformando a la democracia en regímenes legitimados en la lógica electoral, pero que no garantizan que las elecciones se den en canchas equilibradas y con instituciones imparciales.

Una vez que Chávez, Correa y Morales conquistaron el poder usaron estrategias similares para consolidarse, premiar a sus acólitos y castigar a quienes les criticaron. A diferencia de sus predecesores populistas que rompieron la ley para cerrar periódicos, encarcelar críticos y en algunos casos aun dar autogolpes, Chávez, Correa y Morales usaron las leyes y las cortes de justicia para intentar silenciar a sus rivales y críticos. Recurrieron a la vieja práctica latinoamericana de usar instrumentalmente la ley pero transformándola en una estrategia de gobierno que Kurt Weyland (2013) definió como legalismo discriminatorio, entendido como el uso discrecional de la autoridad legal formal. Para poder usar las leyes a su antojo controlaron las cortes de justicia y las pusieron en manos de sus partidarios o de jueces atemorizados. Chávez en el 2004 puso el Tribunal Supremo de Justicia en manos de jueces leales. Cientos de jueces de cortes menores fueron reemplazados por personajes de la confianza del régimen (Hawkins, 2015, p. 11). Chávez se apropió de todos los poderes del estado. Tuvo mayoría en el legis-

lativo y usó leyes habilitantes que le otorgó la asamblea para gobernar. Controló el poder electoral y todas las instituciones de rendición de cuentas.

Apenas llegó al poder, Correa entró en conflicto con las instituciones políticas como el Congreso, el Tribunal Supremo Electoral y el Tribunal Constitucional sobre la constitucionalidad y legalidad de convocar a una asamblea constituyente de plenos poderes que no estaba considerada en la constitución. Este conflicto fue resuelto a favor del gobierno de Correa que usó artimañas legales para destituir a 57 congresistas y 9 jueces del Tribunal Constitucional que se opusieron a su iniciativa. Una vez instalada la Asamblea Constituyente en la que el partido de Correa tenía mayoría arbitrariamente declaró que el Congreso estaba en receso y se atribuyó potestades legislativas. Una vez aprobada la nueva constitución en un referendo, se siguió el ejemplo venezolano de organizar un congresillo controlado por sus partidarios para poner a seguidores fieles al régimen a cargo de todas las instituciones del estado. Correa reorganizó la justicia y puso a sus incondicionales a cargo de instituciones claves. Por ejemplo Galo Chiriboga que fue su Embajador en España fue nombrado Fiscal General de la Nación y el Consejo de la Judicatura fue presidido por Gustavo Jalkh que antes se desempeñó como secretario particular del Presidente (De la Torre y Ortiz, 2016).

De manera similar, entre el 2006 y el 2009 la administración de Morales desmanteló la Corte Suprema y el Tribunal Constitucional y controló las cortes después del 2010 (Mainwaring y Pérez Liñán, 2015, p. 117). El gobierno de Morales intimidó a la oposición. Acusó a varios expresidentes y líderes de la oposición de corrupción y terrorismo, obligando a muchos a exilarse. Usó a los movimientos sociales sobre todo a los cocaleros para movilizarse a favor de sus políticas y para intimidar a la oposición. Controló el Tribunal Supremo Electoral y con el objetivo de controlar el poder legislativo cambió la normativa incrementando el número de representantes. La nueva constitución permitió la reelección de Morales por una sola vez. Al momento de escribir este trabajo Morales está buscando cambiar la constitución para poder ser otra vez candidato a la presidencia.

El control y la regulación de los medios fue una de las prioridades de la lucha populista por la hegemonía (Waisbord, 2013). En el 2000 La Ley Orgánica de Telecomunicación permitió al gobierno de Chávez suspender o revocar las concesiones de frecuencias cuando sea conveniente a los intereses de la nación. La ley de Responsabilidad Social del 2004 prohibió transmitir material que pueda promover el odio y la violencia (Corrales, 2015, p. 39). Estas leyes fueron redactadas de manera ambigua y se interpretaron de acuerdo a los intereses del estado. El gobierno de Correa aprobó en el 2013 la ley de comunicación social que creó un organismo estatal a cargo de regular los contenidos que los medios pueden transmitir. La Superintendencia

de Comunicación inició 269 procesos a medios privado y a periodistas a quienes se sancionó con multas y rectificaciones públicas (Burbano de Lara, 2016, p. 27). Morales manifestó en varias ocasiones que los medios son su principal enemigo. Su gobierno pasó una ley de buenas intenciones que prohíbe el racismo en los medios, pero que fue redactada con un lenguaje ambiguo y se usó para intimidar a los medios privados.

Chávez clausuró y estatizó medios privados críticos. El estado se convirtió en el comunicador principal controlando el 64% de los canales de televisión. En Bolivia la propiedad de los medios está dividida entre el estado, el sector privado y las organizaciones populares e indígenas. Antes de que Correa asumiera la presidencia, el estado sólo era propietario de una emisora de radio. Con Correa el estado se convirtió en propietario de los dos canales de televisión de mayor sintonía y de un emporio de estaciones de radio, televisión y prensa escrita. En países sin una tradición de medios públicos y en manos de gobiernos que no distinguen lo estatal de lo partidista, los medios públicos y en menor medida los medios comunitarios fueron puestos al servicio de gobiernos populistas.

Estos gobiernos crearon legislación con lenguaje ambiguo para controlar y regular a las ONGs restringiendo los derechos de asociación. Hugo Chávez decretó en el 2010 la Ley de Defensa de la Soberanía Política y Autodeterminación Nacional que prohibió que las ONGs que defiendan los derechos políticos o monitoreen a los organismos públicos reciban asistencia internacional. Tres años después, Correa pasó el Decreto 16 que sanciona a las ONGs que se desvíen de los fines para las que fueron creadas, o que interfieran en las políticas públicas atentando a la seguridad interna y externa. En el 2013, Morales también legisló para controlar y regular a las ONGs señalando que se revocarán los permisos de organizaciones que tengan actividades distintas a las que listaron en sus estatutos, o si los representantes de las organizaciones son sancionados por llevar a cabo actividades que atenten en contra de la seguridad y del orden público.

En Ecuador y Bolivia se crearon instituciones estatales para supervisar y controlar las actividades de los sectores organizados de la sociedad (Zuazo, 2010, p. 134). El derecho a participar fue restringido a grupos que estén legalmente reconocidos por el estado. Para contrarrestar el poder de los sindicatos, de los movimientos indígenas, de los maestros y estudiantes el estado en Venezuela y Ecuador creó movimientos sociales paralelos. La protesta fue criminalizada en estos dos países. Líderes sindicales, aún si en un principio apoyaron a Chávez, fueron acusados de terrorismo (Iranzo, 2011, pp. 28-31). La estrategia de Correa fue debilitar y cooptar a los movimientos sociales. En una larga entrevista con *New Left Review*, Rafael Correa (2012) sostuvo que su gobierno negocia directamente con las bases indígenas, y no

con los dirigentes de la CONAIE tachados de líderes corporativistas. Correa semanalmente insultó a los líderes indígenas con calificativos racistas que ningún político de derecha se permitiría utilizar (Martínez Novo, 2014). Pero su ataque a los movimientos sociales fue más allá de la intimidación verbal. Doscientos líderes fueron acusados de terrorismo y sabotaje.

En estos países usaron discrecionalmente las leyes para perseguir a algunos opositores. El gobierno de Morales persiguió a los expresidentes Jorge Quiroga, Carlos Mesa, Gonzalo Sánchez de Losada y a figuras de la posición como Manfred Reyes Villa, Mario Cossío prefecto de Tarija, Rubén Costas prefecto de Santa Cruz, Ernesto Suárez prefecto de Bení. El caso más notorio se dio en el gobierno de Nicolás Maduro que condenó a Leopoldo López a la cárcel por incitar a la violencia en un juicio plagado de irregularidades.

Si bien los populismos llevaron a democracias en crisis al autoritarismo, al ser regímenes híbridos no cerraron todos los canales para articular el disenso. Restringieron el trabajo de la prensa crítica que investiga y denuncia los abusos de poder, sin embargo los periodistas usaron la web creando blogs y periódicos digitales. Si bien se intentó atemorizar a la sociedad civil, algunas organizaciones de estudiantes, indígenas, trabajadores y ecologistas resistieron ser transformados en masas que aclaman al líder. La resistencia de la sociedad civil y de los medios frenó los intentos de someter a todos a la voluntad del líder.

Viktor Orbán en Hungría utilizó la misma hoja de ruta populista. Su partido Fidesz ganó las elecciones del 2010 controlando dos tercios de la legislatura. Atacó la independencia de las cortes de justicia, cambió las leyes de servicio público, copó el estado con sus partidarios y modificó la constitución. Arremetió contra las ONGs acusándolas de seguir intereses foráneos. Intentó controlar la educación superior y buscó cerrar la universidad financiada y fundada por George Soros, la Central European University. Su gobierno creó un organismo estatal para controlar los contenidos de lo que los medios privados pueden publicar, partidarios suyos adquirieron medios y puso a gente cercana a cargo de los medios públicos. La investigadora Agnes Batory (2015, p. 18) concluye que Orbán desplazó la democracia a la zona gris de la hibridez.

¿Qué nos dicen las experiencias latinoamericana y húngara con el populismo en el poder sobre el futuro de la democracia americana durante la presidencia de Trump? Estados Unidos tiene una tradición de vigilancia entre las distintas áreas gubernamentales para controlar el poder político. La constitución divide el poder en tres ramas; las elecciones están espaciadas; el poder se reparte entre los estados y el gobierno federal; hay dos partidos dominantes. La democracia y la sociedad civil estadounidenses como seña-

Ian Kurt Weyland y Raúl Madrid (2018) serían en teoría suficientemente fuertes para sobrevivir a los desafíos del populismo autocrático de Trump sin importantes consecuencias desestabilizadoras.

A los dos días de asumir la presidencia se dieron manifestaciones masivas en todo el país en contra de las políticas de Trump para las mujeres. Las cortes de justicia frenaron temporalmente sus planes de prohibir que ciudadanos de países mayoritariamente musulmanes ingresen a los Estados Unidos. A las pocas semanas se dieron manifestaciones masivas defendiendo la ciencia. Debido a los ataques del presidente las suscripciones a los diarios más emblemáticos el *New York Times* y el *Washington Post* se dispararon. El uso patrimonial del estado para favorecer a sus negocios familiares, las metidas de patas de Trump y las revelaciones de la injerencia de Putin en las elecciones podrían llevar aún a un juicio político. Parecería que la sociedad civil y las instituciones democráticas podrían frenar los impulsos más autoritarios de este populista de derecha.

Un escenario alternativo y plausible es que Trump siga la hoja de ruta populista tratando de controlar todas las instituciones del estado y transformar al partido republicano en su instrumento político personal. Al igual que otros populistas Trump ha declarado guerra a los medios independientes. Al igual que otros populistas se siente a disgusto con organizaciones críticas y militantes de la sociedad civil como “Black Life Matters”. Es de esperar que los conflictos con la prensa y las ONGs que defienden las libertades, los derechos de las minorías, las mujeres y la comunidad LGTBQ se intensifiquen durante su presidencia. Es difícil que el marco institucional de la democracia se derrumbe bajo Trump. Sin embargo ya ha desfigurado la esfera pública democrática. El discurso del odio y la denigración de las minorías están sustituyendo a la política del reconocimiento y la tolerancia multicultural construida por las luchas feministas y de los movimientos antirracistas desde los años sesenta. Trump ha normalizado el sexismo más burdo, la xenofobia y el racismo.

Las experiencias latinoamericanas y húngara enseñan que la democracia no es inmune a los autócratas populistas. Chávez, Orbán o Correa no erradicaron la democracia con golpes de estado. En vez de eso, la estrangularon poco a poco atacando las libertades civiles, en guerras en contra de los medios privados, normando lo que se puede discutir en la esfera pública, controlando a las ONGs y usando el sistema legal para silenciar a los críticos. Es de esperar que no se repita este proceso en los Estados Unidos.

6. CONCLUSIONES

Las experiencias latinoamericanas con el populismo en el poder demuestran que aún en su versión más incluyente el populismo en regímenes presidencialistas en crisis decantó en el autoritarismo. Esta deriva se basó en factores institucionales y en la debilidad de movimientos sociales que tuviesen la capacidad de resistir que el líder se apropiara de su voz. En Venezuela y Ecuador la crisis de todas las instituciones democráticas como el congreso, las cortes de justicia y los partidos se dio junto a movimientos sociales sin capacidades para sostener acciones colectivas duraderas. Chávez y Correa se autoproclamaron como la voz de todo un pueblo. En Bolivia movimientos sociales fuertes no permitieron que Evo Morales se apropiase de su voz y frenaron algunas de sus políticas en nombre del pueblo.

En Argentina y Grecia instituciones nacionales y supranacionales fuertes frenaron las rupturas populistas. Cristina Kichner no pudo modificar la constitución para ser reelecta. Syriza no ha provocado procesos de desdemocratización. Sin embargo, instituciones parlamentarias consideradas como consolidadas como la húngara no frenaron la deriva autoritaria con Orbán y es una pregunta abierta si las instituciones resistirán la embestida autocrática de Trump.

Los populismos no son iguales, los de derecha que politizan el miedo y el odio de raíz colonial y racista al otro son un riesgo para la democracia y al proyecto de la ilustración. Los populismos de izquierda que concibe al pueblo como uno si bien son incluyentes atentan en contra de la posibilidad de democratizar la democracia. Sus ataques a la independencia de la sociedad civil del estado y la colonización de la esfera pública por el estado restringen los espacios de los movimientos sociales. Los populismos de izquierda que construyen a un pueblo plural son en teoría democratizadores. Sin embargo, Morales y Tsipras han cerrado espacios a los sectores más movimientistas y han centralizado el poder. Es por esto que no comparto los argumentos de los seguidores de Laclau que el populismo de izquierda es la única alternativa al de derecha. Hay formas de democracia radical basadas en los movimientos sociales que no se subordinan a un líder. Además, la experiencia histórica demuestra cómo los populistas latinoamericanos que prometían mejores formas de democracia la minaron desde adentro para intentar ser la única voz auténtica del pueblo.

Los populistas seguirán cuestionando los déficits de las democracias realmente existentes. Los sectores democráticos deberían tomar sus críticas al poder constituido en serio. Sin embargo, nociones del pueblo como uno, y del líder como una figura extraordinaria que interpreta y aun encarna los deseos de ruptura y democratización terminan en la delegación del poder

a un líder que se ve a sí mismo como un mesías-redentor. Cuando las instituciones son fuertes, el populismo deforma la democracia. En condiciones institucionales de crisis de todas las instituciones democráticas como las que se dieron en los países bolivarianos, los populismos minaron democracias en crisis y decantaron en gobiernos híbridos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aslanidis, P. y Rovira Kalwitzer, C. (2016). Dealing with Populism in Government: the SIRIZA ANEL Coalition in Greece. *Democratization* March DOI: 10.1080/13510347.2016.1154842
- Batory, A. (2015). Populists in Government? Hungary's System of National Cooperation. *Democratization* DOI: 10.1080/13510347.2015.1076214
- Betz, H.G. (1994). *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*. Londres: The MacMillan Press.
- Burbano de Lara, F. (2016). Apuntes sobre la libertad académica y de expresión en el Ecuador. *LASA Forum*, 47(2), pp. 27-29.
- Correa, R. (2012). Interview. Ecuador's Path. *New Left Review*, 77, pp. 89-104.
- Corrales, J. (2015). Autocratic Legalism in Venezuela. *Journal of Democracy*, 26 (2), pp. 37-51.
- Crabtree, J. (2013). From the MNR to the MAS: Populism, Parties, the State, and Social Movements in Bolivia since 1952. En de la Torre, C. y Arnson, C. (ed.), *Latin American Populism in the Twenty First Century* (pp. 269-295). Baltimore and Washington: The Johns Hopkins University and the Woodrow Wilson Center Press.
- De la Torre, C. (ed.) (2015). *The Promise and Perils of Populism. Global Perspectives*. Lexington: University Press of Kentucky.
- De la Torre, C. (2016). Leftwing Populism: Inclusion and Authoritarianism in Venezuela, Bolivia, and Ecuador. *Brown Journal of World Affairs* 23:1, pp. 61-76.
- De la Torre, C. (2017a). *Populismos: Una Inmersión Rápida*. Barcelona: Ediciones Tibidabo.
- De la Torre, C. (2017b). Trumps Populism. Lessons from Latin America. *Postcolonial Studies* 20 (2), pp. 187-198.
- De la Torre, C. y Arnson, C. (2013). Introduction: The Evolution of Latin American Populism and the Debates Over Its Meaning. En de la Torre, C. y Arnson, C. (ed.), *Populism of the Twenty First Century* (pp. 1-35). Baltimore y Washington: the Johns Hopkins University Press and the Woodrow Wilson Center Press.
- De la Torre, C. y Ortiz, A. (2016). Populist Polarization and the Slow Death of Democracy in Ecuador. *Democratization*, 23 (2), pp. 221-242.
- Errejo, I. y Mouffe, C. (2015). *Construir Pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*. Madrid: Icaria.

- Finchelstein, F. (2017). *From Fascism to Populism in History*. Oakland: The University of California Press.
- Germani, G. (1971). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Gómez Calcaño, L. y Arenas, N. (2013). El populismo chavista: autoritarismo electoral para amigos y enemigos. *Cuadernos del CENDES*, n.º 82, pp. 17-34.
- Hawkins, K. (2015). Responding to Radical Populism: Chavism in Venezuela. *Democratization*, July. DOI: 10.1080/13510347.2015.1058783
- Hochschild, A. R. (2016). *Strangers in Their Own Land. A Journey to the Heart of Our Political Divide*. Nueva York: The New Press.
- Iazeta, O. (2012). Democracia y dramatización del conflicto en la Argentina kirchnerista (2003-2011). En Cheresky, I. (ed.), ¿Qué democracia en América Latina? (pp. 281-303). Buenos Aires: CLACSO y Prometeo.
- Iranzo, C. (2011). Chávez y la política laboral en Venezuela 1999-2010. *Revista Trabajo*, 5(8), pp. 5-37.
- James, D. (1988). *Resistance and Integration. Peronism and the Argentine working class 1946-1976*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Judis, J. B. (2016). *The Populist Explosion. How the Great Recession Transformed American and European Politics*. Nueva York: Columbia Global Reports.
- Katsambekis, G. (2016). The Populist Surge in Post-Democratic Times: Theoretical and Political Challenges. *The Political Quarterly*, pp. 1-9
- Kioupkiolis, A. (2016). Podemos: the ambiguous promises of left-wing populism in contemporary Spain. *Journal of Political Ideologies*, 21 (2), pp. 99-120.
- Laclau, E. (2005). *On Populist Reason*. Londres: Verso.
- Levistky, S, y Loxton, J. (2013). Populism and Competitive Authoritarianism in the Andes. *Democratization* 20 (1), pp. 107-136.
- López Maya, M. y Panzarelli, A. (2012). Populismo, rentismo y socialismo del siglo XXI: el caso venezolano. En Cheresky, I. (ed.), ¿Qué Democracia en América Latina? (pp. 205-235). Buenos Aires: CLACSO y Prometeo.
- Madrid, R. (2012). *The Rise of Ethnic Politics in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mainwaring, S. y Pérez-Liñán, A. (2015). Cross-Currents in Latin America. *Journal of Democracy* 26 (1), pp. 114-127.
- Martínez Novo, C. (2014). Managing Diversity in Postneoliberal Ecuador. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 19(1), pp. 103-125.
- Moffitt, B. (2016). *The Global Rise of Populism. Performance, Political Style, Representation*. Stanford: Stanford University Press.
- Müller, J. W. (2016). *What is Populism?* Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Näsström, S. (2007). The Legitimacy of the People. *Political Theory* 35 (3), pp. 624-658.
- O'Donnell, G. (2011). Nuevas reflexiones acerca de la democracia delegativa. En O'Donnell, G., Iazetta, O. y Quiroga, H. (ed.), *Democracia Delegativa* (pp. 19-35). Buenos Aires: Prometeo.

- Plotkin, M. (2003). *Mañana es San Perón. A Cultural History of Peron's Argentina*. Wilmington: Scholarly Resources.
- Plotkin, M. (2010). Final Reflections. En Karush, M. y Chamosa, O. (eds.), *The New Cultural History of Peronism* (pp. 271-285). Durham: Duke University Press.
- Rivero, Á., Zarzalejos, J. y Palacio, J. (eds). (2017). *Geografías del Populismo*. Madrid: Tecnos.
- Schamis, H. (2013). From the Peróns to the Kirchners. 'Populism? In Argentine Politics. En de la Torre, C. y Arnson, C. (eds.), *Latin American Populism in the Twenty-First Century* (pp. 145-179). Baltimore, MD y Washington: The Johns Hopkins University Press and The Woodrow Wilson Centre Press.
- Stavrakakis, Y. (2014). The Return of 'The People': Populism and Anti-Populism in the Shadow of the European Crisis. *Constellations* 21 (4), pp. 505-518.
- Urbinati, N. (2014). *Democracy Disfigured. Opinion, Truth, and the People*. Cambridge: Harvard University Press.
- Vallespín, F. y Bascuñán, M. (2017). *Populismos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Waisbord, S. (2013). *Vox Populista, Medios, Periodismo, Democracia*. Buenos Aires: Gedisa.
- Weyland, K. (2013). The Threat from the Populist Left. *Journal of Democracy*, 24(3), pp. 18-33.
- Weyland, K. y Madrid, R. (2018). Liberal democracy, stronger than populism so far. *The American Interest* 13 (4), pp. 24-29.
- Weyland, K. (2018). Populism and Authoritarianism. En de la Torre, C. (ed.), *The Routledge International Handbook of Global Populism* (en prensa).
- Zuazo, M. (2010). ¿Los movimientos sociales en el poder? El gobierno del MAS en Bolivia. *Nueva Sociedad*, 227(mayo-junio), pp. 120-135.
- Zúquete, J. P. (2008). The Missionary Politics of Hugo Chávez. *Latin American Politics and Society* 50 (1), pp. 91-122.